

En la ciudad de Telde, tras pasados los rotos molinos de eterno gemido, el verde de la antiquísima Vega con sus airoas palmeras y el puente de siete ojos, celoso guardián del barranco del que sólo hoy queda la historia y su cauce seco, encontramos el barrio de San Juan, de inconfundible traza señorial.

Los alrededores de la iglesia de góticas piedras y de la embaldosada plaza bajo la fronda de los laureles, tienen un sabor de ciudad auténtica colonial.

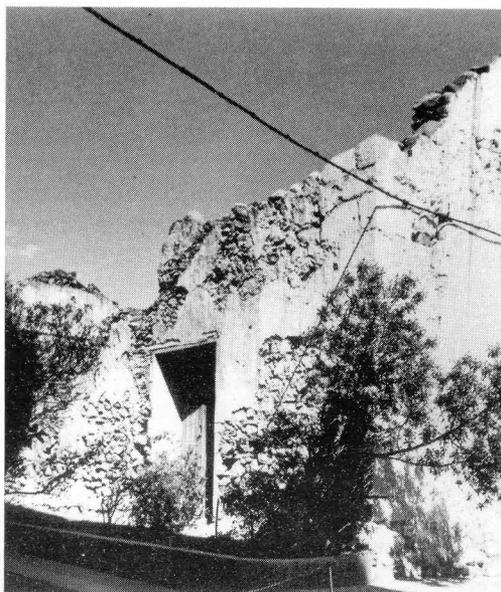
Viejas casas solariegas, balcones verdes de celosías enrejilladas, blasones esculpidos en piedra isleña sobre los portales del amplio zaguán, calles trazadas sin énfasis urbanístico y, presidiendo la entrada de la ciudad, los nobles muros casi derruidos de la ermita de San Pedro Mártir.

Nostálgicos, marginados, parece que estos muros cargados de historia no interesan a nadie. Pero estamos seguros de que quien visite hoy sus ruinas no podrá sustraerse a una inquietante sugestión. Allí vive el pasado como un fermento de su tradición y de su historia. Allí se albergan las horas, los momentos, los hechos de hombres y, sobre todo de una piadosa mujer, adheridos a los acontecimientos de la historia local.

Pequeña historia, intrascendente si se quiere, pero digna de ser anotada en el memorial de un pueblo que nació siendo ciudad con una clara e insobornable vocación de futuro. Y que hoy, sin embargo, parece insensible ante las ruinas del edificio que, protagonista mudo de una época, se resiste a perder su traza arquitectónica en la esperanza de que un aliado, convencido de la realidad del problema, le ayude en su titánica lucha contra la apatía y la lentitud desesperanzadora en la tramitación de proyectos, de argucias y maniobras; barreras suficientes para explicar la lentitud de su reconstrucción, que son, en definitiva, las causantes de su deplorable aspecto.

Quizás si la visitásemos y conociéramos su historia comprenderíamos la importancia que tiene conservar estos muros, porque penetrar en San Pedro Mártir es vivir una parte de la historia de la ciudad, es tomar parte de ella. Es dejarse abrazar por el silencio e imaginar que hemos caído en una época distinta que nos descubre nombres, episodios y lances.

Las ruinas actuales, declaradas Monumento histórico-artístico de inte-



Las ruinas de San Pedro Mártir (Telde)

res provincial, datan del desplome ocurrido el 21 de agosto de 1899. Desde entonces el tiempo no ha hecho sino aumentar su estado deplorable. En 1970, ante el temor de que ocurriera alguna desgracia, se derribó la espadaña, de marcado aire herreriano.

La ermita formaba parte de una fundación instituida por Inés Chemida Chamovita, mujer que según todos los indicios era hija de una noble aborigen y un conquistador de nacionalidad portuguesa.

EL HOSPITAL DE CURACIÓN DE LA CIUDAD DE TELDE

El altruismo de esta mujer la llevó a crear el hospital, que en sus comienzos se llamó de Curación de la Ciudad de Telde, al acoger y atender personalmente en su propia casa a los enfermos que existían en la primitiva ciudad, dando un trato preferente a las enfermedades venéreas, recién importadas de América.

La fundación, que fue derruida para construirse el edificio del ambulatorio de la Seguridad Social, se mantenía de las limosnas que recogía de sus habitantes. Posteriormente, conquistadores como Pedro de Burgos, Gonzalo del Toro, Bernardino García del Castillo, Juan de Alva y Martín Navarro fueron dejando parte de sus bienes al hospital, los que unidos a los que dejaron otros vecinos consistentes en ciertas pensiones de misas, aguas, tierras y casas, dieron como resultado que el hospital poseyera al poco de su fundación, agua en la Vega Mayor y del

Valle de los Nueve, alquileres de casas y rentas de tierras que en conjunto producían algo más de mil trescientos reales anuales. Con estas rentas y con fundaciones posteriores, las condiciones económicas mejoraron hasta el extremo de poder prestar cantidades a la Catedral de Santa Ana y al Hospital de San Martín en Las Palmas.

No duró mucho tiempo, sin embargo, este bienestar, pues por Orden Real le fueron vendidas sus mejores fincas, quedándose éste con unos terrenos en La Pardilla y otras tierras de escasa utilidad, medio día de agua del Valle de los Nueve y algunos tributos.

Con bastantes estrecheces, administrado a veces por una Hermandad y otras por un mayordomo, que nombraba el Fiscal después de consultar al Ayuntamiento, se conservó el Hospital hasta llegar al extremo de sólo poder atender a uno o dos enfermos.

Así, en noviembre de 1837, y en estado ruinoso, la fundación desapareció cuando se incorporó con sus servicios al Hospital de San Martín en Las Palmas, a donde eran enviados los enfermos de Telde bajo informe del Alcalde Constitucional y su Junta de Beneficencia.

LA IGLESIA DE SAN PEDRO MÁRTIR

Tras la muerte de Inés Chemida, que legó la casa al hospital, se decidió construir una ermita que se llamó de San Pedro Mártir, con las rentas que sobraban de las obtenidas por el Hospital.

La fecha exacta en que se levantó se desconoce, así como su autor; pero la existencia en 1490 de una Hermandad conocida con el nombre de San Pedro Mártir hace pensar que ya este año existió la iglesia; no obstante, en 1523 la visitó Don Vicente de Peraza, Obispo de Darién, siendo bendecida en 1551 por Don Sancho Trujillo, obispo de Marruecos. Por otro lado sabemos que en 1525 este centro era objeto aún de obras ya que en el Archivo Histórico encontramos un contrato que se realizó ante el escribano Cristóbal de San Clemente para suministrar al mismo ocho docenas de tablas de tea y otras piezas.

Contaba, y en sus ruinas así se observa, con una sola nave y dos capillas laterales; sus arcos, ligeramente apuntados, descansan en pilastras adosadas. Los capiteles del arco principal poseen unos curiosos mascarones, en tanto que el collarino presenta una de-

coración de tema de sogá, de evidente factura lusitana. Todos estos rasgos atestiguan su antigüedad y su integración en el estilo gótico. Sin embargo, las capillas debían ser más modernas, pues a la altura de las impostas, en los pilares, la decoración nos parece que refleja cierto aire barroco.

En sus comienzos, la ermita tenía su fachada principal por la parte opuesta; todavía hoy se puede apreciar el arco de la entrada incrustado en la pared. Al imponerse el tránsito por la calle que hoy se denomina Primo de Rivera se abrió la portada actual y la espadaña, quedando por tal motivo las capillas en sentido inverso al que tuvieron en un principio. En uno de sus laterales también se aprecia una puerta de estilo gótico, junto a la actual, que daba al patio del Hospital.

En el momento de pasar el Hospital al de San Martín se hizo inventario de la iglesia que disponía de tres altares con las siguientes imágenes: En el Altar Mayor, las efigies de Jesús Crucificado, Nuestra Señora de la Piedad y de San Pedro Mártir, patrono del hospital, en una de las capillas laterales, la imagen de Nuestra Señora de los Dolores con espada y aureola de plata y seis candeleros de metal y en la otra, las efigies de Cristo Predicador y San Juan. Dichos altares tenían manteles, cruces de madera, atriles y cuatro candeleros de madera pintados y en el resto de la iglesia existían una lámpara de plata con su vaso, tres sillas unidas de madera pintadas, un púlpito renovado, seis bancos con respaldo de madera de tea, una estera de junquillo en el Altar Mayor, una pila para el agua bendita, una campana y dos palos que servían de tranca a la puerta. En la sacristía, un vestíbulo con dos gavetones donde se guardaban todos los objetos de la misa y sobre él, un crucifijo de plomo barnizado y cruz de madera. En ella se continuó diciendo misa hasta el día 7 de diciembre de 1846, en que habiendo sido reconstruida la Iglesia Parroquial de San Juan Bautista, empezaron a celebrarse en ella los Oficios Divinos.

Esperemos que un serio estudio de sus ruinas nos dé la posibilidad de verlo pronto convertido en una sala viva en que se albergue el arte de los tiempos o cualquier otra faceta de la cultura ya que sus aplicaciones una vez restaurada pueden ser muchas y así, de paso, se conserve un trozo de nuestra historia.

Luis Pérez Aguado

Personas

vistas por Padrón Noble



Lea Zafrani

Artista, cantante y bailarina, Lea Zafrani es una mujer de singular personalidad. Comenzó, hace ya tiempo, en los **Desfiles de variedades** y en las actuaciones musicales que se hacían en Las Palmas de Gran Canaria, y luego se lanzó a los escenarios de fuera de las islas, recorriendo medio mundo con su arte y su proyección artística. Lea Zafrani ha representado, así, a las islas en numerosas galas musicales y en el mundo de las variedades, en el que desde hace años posee un acreditado cartel.